

**SOLEMNIDAD DE SAN BENET**  
**Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat**  
**11 de julio de 2008**  
**Pr 2, 1-9**

*Si buscas, si anhelas, si escuchas, encontrarás y comprenderás.* Estas palabras del libro de los Proverbios escritas muchos siglos antes que él, expresan, hermanas y hermanos, el revulsivo que experimentó el joven Benito cuando estudiaba en Roma. Buscaba, anhelaba comprender, anhelaba algo que diera consistencia y un sentido pleno a su vida. Tenía el corazón y la inteligencia abiertos. Por eso escuchaba y retenía aquello que le era provechoso para su búsqueda, aquello que satisfacía su deleite más profundo de vida y de amor. Y encontró lo que buscaba en la Palabra de Dios y en la visión amplia que ofrece del ser humano hecho para amar, hecho para la comunión, hecho para la eternidad.

*Si buscas, si anhelas, si escuchas, encontrarás y comprenderás.* Estas palabras tan antiguas son siempre nuevas y constituyen todavía una invitación en nuestros días, en los cuales muchos se interrogan sobre el presente y el futuro, sobre la validez de los modelos sociales y políticos actuales y sobre el sentido de la existencia, sobre la precariedad efímera de tantos proyectos humanos.

Durante la primavera pasada se ha recordado con comentarios periodísticos, entrevistas, y tertulias los cuarenta años de mayo del 68 en Francia y del movimiento que suscitó particularmente en Europa. Con la perspectiva que da el tiempo, ahora se ven las luces y las sombras; pero en general se constata que aquellos hechos marcan todavía nuestro presente en positivo y en negativo, puesto que supuso un cambio de mentalidad, de actitud, desde la conciencia ecológica, la exaltación de los criterios personales y la búsqueda de canales democráticos más participativos, hasta el hedonismo y una visión de la sexualidad desligada de la donación fiel y de la entrega personal. Fue un estallido de insatisfacción, de deseo de cambio a muchos niveles, de anhelo de paz, de búsqueda de una libertad sin imposiciones, de ruptura de las normativas consolidadas, de poner en cuestión las creencias y las ideologías. Todo, se dice ahora, con una dosis muy grande de utopía y de inmadurez; pero con un deseo sincero de búsqueda (cf. "Serra d'Or", abril 2208, p.34-51). Ahora vemos los frutos y las limitaciones de aquel movimiento; vemos cómo aquella utopía de cambio radical y muchas otras han ido cayendo. Constatamos, también, cómo el camino de la felicidad personal, de la paz y de la transformación, del mundo que propugnaba el mayo del 68, piden un compromiso serio y arduo, no exento de contradicciones, de lucha y de sufrimiento, que está lejos de una visión romántica de la vida.

Ante estas constataciones, sin embargo, ¿nos tenemos que quedar en una resignación estoica? ¿no hay ninguna esperanza que pueda llevarnos más allá de nuestra soledad y de nuestras limitaciones? Ante la pregunta sobre el sentido de la existencia, ¿sólo cabe el relativismo? ¿No hay ninguna palabra sólida y verdadera en la cual nos podamos fundamentar ante la cultura débil de nuestra postmodernidad inquieta?

San Benito nos dice que hay otro camino. *Si buscas, si anhelas, si escuchas, encontrarás y comprenderás.* El proceso interior de búsqueda y de evolución personal que vivió él, particularmente en la época de Roma --en lo que podríamos llamar sus años universitarios-- y, después, en Subiaco y en Montecasino, constituye un modelo también para nosotros, porque es un proceso iluminado y guiado por la Palabra de Dios, que es siempre nueva y actual.

San Benito, con su ejemplo y con el testimonio de su Regla --que refleja lo que él vivió (cf. san Gregorio el Grande, Diálogos, II, 36)- propone una respuesta a quien busca y anhela; invita a escuchar para encontrar y comprender (cf. RB, Prólogo, 1.49) y, de esta manera, poder, progresar en el camino de la felicidad personal y de la convivencia fraterna.

La respuesta que nos da san Benito no parte del relativismo sino de un absoluto: Jesucristo, y enseña que no se debe anteponer nada a su amor (cf. RB, 4, 21). Y, aunque pueda parecer extraño a quien no conoce el espíritu del Evangelio cristiano, dejar entrar este absoluto, Jesucristo, en la propia vida es el camino de la libertad y del amor. Este camino, para san Benito, no es solamente un itinerario teórico, intelectual, sino que supone una vivencia espiritual -mística, podríamos decir con el teólogo Karl Rahner- a partir de la celebración de la liturgia, de la lectura orante de la Sagrada Escritura, de momentos de oración personal en diálogo de corazón a corazón con Aquél que "se ha dignado contarnos en el número de sus hijos" (RB, Prólogo, 5) cuando por el bautismo nos ha incorporado a su Hijo Jesucristo.

La respuesta que nos da san Benito supera la soledad que muchas veces crea nuestra sociedad y enseña el camino hacia una vida compartida, hacia el amor fraterno; y por extensión hacia la comunión eclesial, hacia una globalización centrada primariamente no en los intereses económicos o comerciales, y menos aún en el miedo a la diversidad de pueblos y culturas, sino en el respeto, la comprensión, el perdón, el diálogo, el amor al otro. Con estas bases se puede construir un mundo reconciliado, pacífico, solidario, justo, en el cual cada persona pueda verse respetada en su dignidad, porque el otro es siempre imagen de Cristo.

Esta respuesta benedictina que parte de Jesucristo, que ofrece un camino de vivencia espiritual y da pautas para crear vínculos de fraternidad, sólo puede hacerse realidad si se hace por parte de cada uno un trabajo de conocimiento personal, si se sigue un proceso de maduración humana, que avance por el camino de la pacificación del corazón y de armonizar según el Evangelio todas las voces y los impulsos que llevamos dentro. Este proceso permite abrirse desinteresadamente al otro, aceptarlo tal como es; abrirse a la comunión fraterna, comunitaria, y la colaboración mutua. Permite avanzar con el corazón ensanchado "en la inefable dulzura del amor" (RB, Prólogo, 49).

*Si buscas, si anhelas, si escuchas, encontrarás y comprenderás.* La propuesta de san Benito no es sólo para los monjes que hemos entrado en su "escuela del servicio divino" (RB, Prólogo, 45). Sus enseñanzas, su palabra contenida en la Regla, han pasado a ser patrimonio de toda la Iglesia. También fuera del ámbito monástico se puede vivir, en sus grandes líneas, el camino humano y espiritual que propone. Es más, como patrón de Europa que es, nos propone redescubrir la actualidad de nuestras raíces humanistas y cristianas como fermento renovador de la vida en nuestro continente y de la misión que tiene en el mundo globalizado. San Benito recuerda a los pueblos europeos "el extraordinario valor que tiene el Dios vivo y trascendente" así como la "pasión por la verdad y el sentido de un horizonte mayor, capaz de fundar el compromiso por la justicia"; recuerda "el primado inalienable del bien y de aquello que es verdadero, el cual ningún poder de este mundo tiene el derecho de sustituir por otras prioridades" (cf. Bruno Forte, *¿Qué futuro para el cristianismo?: Doc. D'Església*, 43 (2008) 421-422).

Ahora, en la Eucaristía, estamos en la presencia de Dios y sus ojos nos miran solícitamente (cf. RB 19, 1), adoremos su grandeza; acojamos la presencia de Jesucristo, y sintámonos empujados, después de haber probado qué bueno es el

Señor (cf. Ps 33, 9), a ser testigos de la verdad del Evangelio y del sentido que da a las personas y a las cosas, mientras trabajamos por el primado de la caridad y, por lo tanto, por el compromiso por la justicia y la paz, en la construcción de una solidaridad humana mayor.